

CAPÍTULO DOS

—**L**egas tarde, Walker. Kira no aceleró el paso, siguió avanzando sin prisa hacia la carreta mientras observaba el rostro de Jayden. Se parecía mucho a Madison.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Acaso los soldados ya no tienen que asistir a las asambleas obligatorias?

—Y muchas gracias por la actitud —dijo Jayden, apoyando su fusil en el hombro—. Es un placer que tú y tu encantador ingenio nos acompañen en esta incursión.

Kira le apuntó con el dedo índice, simulando una pistola, y le disparó silenciosamente a la cara.

—¿Adónde vamos esta vez?

—A un pueblito llamado Asharoken.

La ayudó a trepar a la parte trasera de la carreta de metal, donde ya aguardaban diez soldados más. Llevaban dos generadores portátiles; eso significaba que probablemente ella tendría que probar algunos equipos viejos para ver si valía la pena recuperarlos. Había además otros dos

civiles, un hombre y una mujer, que probablemente iban para usar el segundo generador con algún otro equipo.

Jayden se apoyó en el borde de la carreta.

—Juro que esta isla tiene los nombres más raros que oí en mi vida.

—Ustedes van bien equipados —observó Kira al ver los pesados fusiles de los soldados. Siempre iban armados cuando salían de la ciudad (hasta ella llevaba un rifle de asalto colgado del hombro), pero hoy parecía que iban a la guerra. Uno de los soldados llevaba incluso un tubo largo que reconoció como un lanzamisiles.

Kira encontró un asiento libre y acomodó su bolso y su maletín médico detrás de sus pies.

—¿Esperan encontrar bandidos?

—Vamos a la Costa Norte —explicó Jayden, y ella palideció. La Costa Norte prácticamente no estaba colonizada, por ende, era terreno de la Voz.

—¡Valencio, llegas tarde! —gritó Jayden, y Kira levantó la vista sonriente.

—Hola, Marcus.

—Tanto tiempo sin verte —respondió con una amplia sonrisa y subió de un salto a la carreta—. Lamento llegar tarde, Jayden. Tuve una reunión que se puso más pesada de lo que había calculado. Muy acalorada y sudorosa al final. Pero tú fuiste un tema de conversación importante entre algunos alegatos apasionados...

—Ahórrate el comentario hasta la parte en que se trata de mi madre —dijo Jayden—; yo iré a la parte en la que te mando al diablo, y quizá entonces podamos continuar haciendo nuestro trabajo como se debe.

—Tu madre murió de RM hace once años —respondió Marcus, con una falsa expresión de horror—. Tú tenías... ¿cuánto? ¿Seis años? Sería muy grosero de mi parte.

—Y tu madre ya está en el infierno —replicó Jayden—, así que seguramente la verás pronto. Mejor cambiemos de tema. Cabrón.

Kira frunció el ceño al oír el insulto, pero Marcus solo esbozó una sonrisa socarrona, mirando a los demás ocupantes de la carreta.

—Diez soldados, ¿eh? ¿Adónde vamos?

—A la Costa Norte —respondió Kira.

Marcus silbó.

—Y a mí que me preocupaba que no fuéramos a hacer nada divertido. Supongo que a estas alturas ya limpiamos casi todo lo demás, ¿no? —miró a los dos civiles que estaban sentados frente a él—. Tendrán que disculparme, pero no los reconozco.

—Andrew Turner —se presentó el hombre, extendiendo la mano. Era mayor, de unos cincuenta años, y tenía una quemadura de sol incipiente entre el cabello ralo—. Electricista.

—Mucho gusto —dijo Marcus, y estrechó su mano.

La mujer sonrió y lo saludó con un gesto.

—Gianna Cantrell. Estoy en computación.

Ella también era más joven que Turner. Kira le calculó unos treinta y cinco años, edad suficiente para haber trabajado en computación bastante antes del Brote. Kira le echó un vistazo rápido al abdomen, un reflejo del que ni siquiera tenía conciencia hasta que ya lo había hecho, pero desde luego la mujer no estaba embarazada. Las incursiones de rescate eran demasiado peligrosas para poner en riesgo a un niño; seguramente estaba entre ciclos.

—Una combinación interesante —comentó Marcus, y miró a Jayden—. ¿Qué pasa en ese lugar?

—Hace unos días se hizo una incursión preliminar —respondió Jayden—. Registraron una clínica, una farmacia y una *estación meteorológica*, que no sé muy bien qué significa. Ahora es mi turno de hacer la carrera del conejito. Imaginen lo contento que estoy —dijo, y se dirigió al frente de la carreta. Subió al lado de la conductora, una joven a quien Kira había visto algunas veces y que aún estaba uno o dos años por debajo de la edad de embarazo, lo que la hacía apta para tareas activas—. Bien, Yoon, vámonos.

La chica sacudió las riendas y chasqueó la lengua para poner en marcha a la yunta de cuatro caballos. La Red de Defensa tenía algunos

autos eléctricos, pero no tenían la potencia para llevar tanta carga con eficiencia. La energía era muy escasa y los caballos eran baratos, así que los mejores motores eléctricos se habían destinado a otros fines. La carreta arrancó con una sacudida y Kira puso un brazo detrás de Marcus para sostenerse del costado del vehículo. Marcus se acercó más a ella.

—Hola, nena.

—Hola.

—¿La carrera del conejito? —preguntó Andrew Turner.

—Es una expresión para referirse a una incursión de rescate, con especialistas como ustedes en lugar de los soldados rasos de costumbre —respondió Kira, mientras observaba el color tostado del hombre—. ¿Nunca habías estado en una?

—Hice mucho rescate en los primeros tiempos, como todo el mundo, pero al cabo de uno o dos años me asignaron a los paneles solares.

—Son fáciles —agregó Marcus—. La Costa Norte da un poco de miedo, pero estaremos bien —echó un vistazo alrededor y sonrió—. Aunque fuera del asentamiento el estado de los caminos no es de lo mejor, así que disfruta del viaje apacible mientras puedas.

Viajaron un rato en silencio. El viento azotaba la carreta abierta y hacía volar el cabello de Kira, recogido en una cola de caballo, contra la cara de Marcus. Ella se inclinó hacia adelante, apuntando su pelo de lleno a la cara de Marcus, y rio cuando él intentó quitárselo de la boca. Él se puso a hacerle cosquillas; Kira retrocedió de un salto y cayó contra el soldado que iba a su lado. Este le sonrió, turbado: era un muchacho de su edad, obviamente complacido de que una chica prácticamente se sentara en su regazo, pero no dijo nada. Kira volvió a su sitio rápidamente, tratando de contener la risa.

—Último marcador. ¡Ojos arriba! —ordenó el soldado que iba junto a ella.

Los soldados que estaban sentados en el piso de la carreta se enderezaron un poco, sostuvieron sus armas y no le quitaron los ojos de encima a los edificios que pasaban.

Kira se volvió y miró pasar la ciudad vasta y vacía; se la veía desierta y probablemente lo estuviera, pero nunca estaba de más ser cuidadoso. Los marcadores indicaban el límite del asentamiento de East Meadow y el de la región que sus militares alcanzaban a patrullar, pero de ningún modo era el límite de la zona urbana. La antigua ciudad se extendía por muchos kilómetros en todas las direcciones, casi de costa a costa de la isla. La mayoría de los sobrevivientes vivían en East Meadow o en la base militar, al oeste, pero por toda la isla había saqueadores, vagabundos, bandidos y cosas peores. La Voz había llegado a ser lo más temido, pero estaba mucho de ser lo único a lo que temían.

Incluso fuera de East Meadow, el camino se veía muy transitado y bastante abierto. Había basura, por supuesto, y tierra, hojas y los diversos desechos de la naturaleza, pero el tránsito regular mantenía el asfalto relativamente libre de plantas, y muy raras veces la carreta se topaba con un hoyo o una zanja pronunciados. Más allá del borde de la calzada era otra historia: tantos años de desuso habían dejado a la ciudad en el abandono; las casas se desmoronaban, las aceras estaban agrietadas y levantadas por las raíces de los árboles, la maleza crecía sin freno y una extensa masa de plantas rastreras, estilo *kudzu*, lo cubría todo como una alfombra. Ya no había césped ni patios, ni vidrios en las ventanas. Incluso la mayoría de las calles laterales, menos transitadas que la principal, estaban surcadas por líneas verdes: la Madre Naturaleza reclamaba poco a poco todo lo que el viejo mundo le había robado.

A Kira, en cierto modo, le agradaba. Nadie podía darle órdenes a la naturaleza.

Siguieron avanzando en silencio; luego uno de los soldados señaló hacia el norte y gritó:

—¡Rata!

Kira se torció en su asiento y observó la ciudad. De pronto advirtió un movimiento fugaz de reojo: un autobús escolar, con los costados llenos de toda clase de objetos colgados y el techo cubierto por pilas de

cajas, botes, bolsas y muebles, todo asegurado precariamente con cientos de metros de cuerda. Junto al autobús, un hombre extraía gasolina del tanque de un auto estacionado. A su lado había dos adolescentes; Kira calculó que tendrían unos quince y diecisiete años.

—¡Miren! —exclamó Marcus—, todavía usa gasolina.

—Tal vez encontró una manera de filtrarla —dijo Gianna, observando el autobús con interés—. Muchas de las comunidades exteriores lo hacen. Destruye los motores, pero los hay de sobra.

—Debería mudarse a la ciudad —opinó Turner—. Podría tener una casa de verdad, podríamos conectarle electricidad, seguridad y... bueno, todo.

—Todo menos movilidad —dijo Gianna—. Y anonimato, y libertad...

—¿Cómo que “libertad”? —preguntó el soldado que iba sentado junto a Kira. Su placa identificadora decía BROWN—. Nosotros tenemos libertad... lo que él tiene es anarquía.

—Seguridad, entonces —insistió la mujer.

El soldado Brown levantó su fusil.

—¿Cómo llamas a esto?

—Las grandes comunidades fueron las primeras en caer durante la rebelión de los Parciales —respondió Gianna—. Los centros de población son blancos fáciles, y si los Parciales, dondequiera que estén, desarrollan una nueva cepa de RM que supere nuestra inmunidad, los fusiles no van a servirnos de nada. Un sitio como East Meadow sería el peor lugar para estar.

—Pues no hay de qué —repuso Brown—. Me alegra que aprecies tanto que arriesguemos la vida.

—No digo que no lo aprecie —respondió la mujer—. A lo que me refiero es a que... bueno, acabo de decir a qué me refiero. Obviamente yo elegí vivir en East Meadow; solo estoy señalando por qué quizá él prefirió no hacerlo.

—Tal vez sea de la Voz —gruñó otro soldado—. Están criando a esos chicos para que sean espías, asesinos o quién sabe qué cosa.

El soldado Brown lo insultó y Kira apartó la vista, ignorándolos. Quería sentir el viento en la cara. Ya había oído suficientes discusiones como esa. Era un día caluroso, pero había una brisa que lo hacía agradable, y ella siempre disfrutaba las oportunidades de acurrucarse contra Marcus. Pensó en la noche que había pasado, en la mañana, en el bebé muerto y en todo lo demás. *¿Cómo era aquello que solía decir mi padre?*, pensó. *“Yo soy más fuerte que mis dificultades”*.

Yo soy más fuerte que mis dificultades.